

JOSEP M. PUIG SALELLAS

Raimon Noguera en el recuerdo

Raimundo Noguera, el notario Noguera, ha muerto a los 93 años, en su ático del paseo de Gràcia. Murió tranquilamente, con la discreción con que había vivido, un sábado a primera hora de la tarde, mientras la ciudad se había vaciado a causa de la diáspora del fin de semana. Era la culminación de una larga trayectoria profesional y de ciudadano al servicio del país.

Para un buen sector de la sociedad más o menos intelectualizado, Raimon Noguera era el último representante de la *Penya Gran de l'Ateneu*. La *penya*, descrita hasta la saciedad, era una especie de ente en movimiento, renovado constantemente a todo lo largo de la jornada con gente que iba y volvía. Era una concurrencia heterogénea, cuyas actitudes vitales rayaban a veces con el límite de la genialidad.

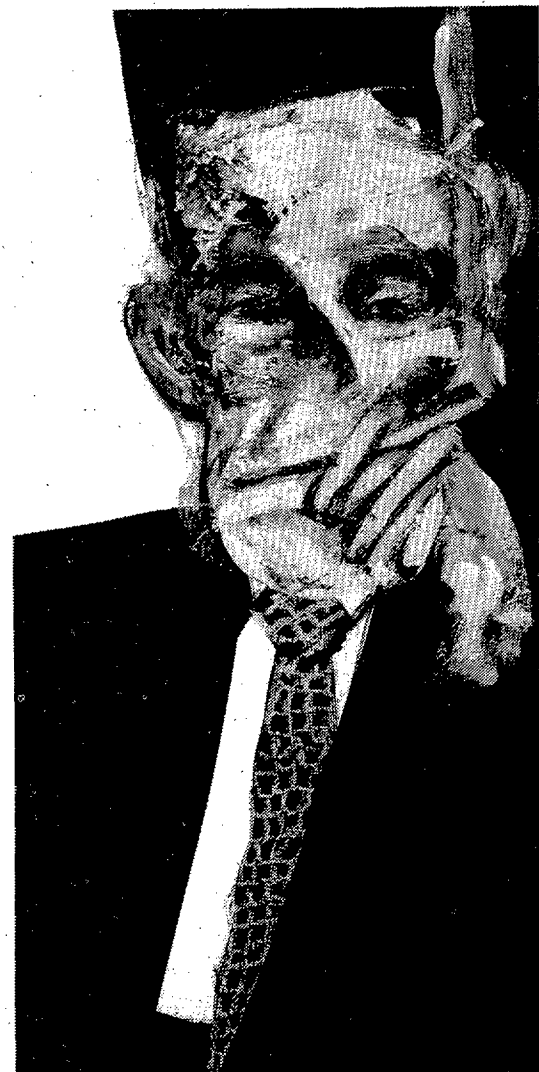
Allí anudó Raimon Noguera muy buenas, entrañables amistades. En realidad, Noguera tuvo siempre muy buenos amigos y, ya mayor, se solazaba en su recuerdo. Le gustaba recordar, por ejemplo, sus excursiones a Port de la Selva, con el escultor Lluís Llimona y el escritor Josep M. de Sagarra o sus incursiones al Empordà, ya un poco más tarde, allá por los años 60. Salía en coche de Barcelona y se dirigía a Llofríu, donde encontraba a Josep Pla y, después de la primera etapa dialéctica, continuaban ambos hasta Roses, donde veraneaba Jaume Vicens Vives. Empezaban entonces las inolvidables conversaciones a la vista del golfo. Un historiador fuera de serie, creador de una escuela de historiadores, un escritor culto, observador como nadie de las debilidades humanas, y un notario amante apasionado de todas las culturas. ¿Qué precio podría haberse pagado por una butaca de primera fila?

Desde un punto de vista profesional, Raimon Noguera fue un notario modélico, antes y después de llegar a Barcelona. Tuvo su primera notaría en un pueblo de la Rioja: Ezcaray. Y de allí pasó a Ponferrada, donde, aparte de firmar escrituras, jugó por lo visto de extremo izquierda en el equipo de fútbol local. Después, Castellón de la Plana, en la época de redacción de las normas ortográficas y, finalmente, Barcelona.

En realidad, Noguera no fue un notario prolífico. Prefirió tener —y la tuvo— una clientela reducida, pero fiel y selecta. Ello le dio las posibilidades y el tiempo necesarios para llevar a término una serie de actuaciones, más o menos relacionadas, pero, en sentido estricto, sólo tangentes al ejercicio de la función notarial y para dedicarse a fondo al servicio del interés general, especialmente a

JOSEP M. PUIG SALELLAS, notario

partir de su relación con los artistas. Hay que situar aquí su intervención en la formalización de la testamentaria de Francesc Cambó. O su protagonismo en la cuestión surgida en torno al derecho del Monasteri de Montserrat a la titularidad de la montaña. El problema era arduo. A un lado y otro se encontraban dos personalidades del fuste del abad Escarré y del obispo Modrego. Conta-



ASTROMUJOF

ba Noguera que, en un momento dado, cuando entendió que la actuación de los asesores del segundo dilataban el acuerdo innecesariamente, solicitó una entrevista con el obispo:

—Señor obispo, tengo entendido que en la edad media algunos prelados tenían el privilegio de perdonar los pecados antes de que fuesen cometidos. No sé si es el caso de usted. Pero si realmente tiene este privilegio, le agradeceré que lo use,

pues, si no cambia de consejeros, yo voy a blasfemar.

También se sitúa en este ámbito su dedicación al Archivo Histórico del Colegio de Notarios, que, en su género, es sin duda uno de los más importantes del mundo. En este ámbito, Noguera se pone en contacto con los historiadores, desde Pierre Vilar a Vicens Vives y la escuela de este último, iniciando una colaboración muy útil, que ayudará a los investigadores a desentrañar aspectos recónditos de la documentación notarial.

Hay otros aspectos: por ejemplo, su intervención en la normalización del Institut d'Estudis Catalans, después de la dictadura, o la constitución en el Institut del Fons Noguera, que ha permitido la magnífica publicación del "Corpus Vitriarum". Con todo, el aspecto más vistoso de la actividad extraprofesional de Noguera ha sido su intervención en la configuración de instituciones como el Museu Picasso y de las fundaciones Joan Miró y Pau Casals. Es un aspecto sobradamente comentado en el que no voy a insistir, salvo una observación que me parece del mayor interés: el éxito de aquellas intervenciones pone de relieve cómo una sociedad civil, pese a estar huérfana de instituciones, es capaz de llevar a cabo empresas de alta categoría cultural, si existe el sentido de la responsabilidad colectiva de parte de algunos —a veces pocos— de sus ciudadanos. El contraste con otros acontecimientos recientes, por ejemplo, la sucesión de Salvador Dalí, es notorio.

En realidad, su fundación, su última obra, ha sido la última gran expansión cultural de Raimon Noguera y yo ya no olvidaré jamás las reuniones de los jueves por la tarde, en su domicilio, sentado él siempre en la misma butaca, junto al balcón que, en diagonal, permite una visión excepcional, única, de las atormentadas chimeneas de La Pedrera, cuando con Josep Maria Sans íbamos a comentarle la marcha de nuestras publicaciones. Entonces Noguera pedía su vaso de whisky, que tenía prohibido por el médico, y dirigiéndose a Sans —yo no fumo—, le decía, con su sonrisa característica:

—Que teniu un cigarret?

Fue un hombre de acceso a veces difícil, a veces algo arisco, muy independiente, pero amigo entrañable de sus amigos. Tuvo la buena suerte de ser correspondido e incluso el honor de ver reconocida su labor, primero, con la medalla de oro de la ciudad y, después, con la de la Generalitat de Catalunya.

En términos de liturgia, era justo y necesario, porque, como dije en mi parlamento de justificación en el acto solemne de entrega del segundo de aquellos galardones, los pueblos se honran honrando a sus ciudadanos ilustres. ●

Institución

BALTASAR PORCEL

Regreso de Japón. Los días venideros daré cuenta al lector de algunas observaciones sobre este lejano país convertido en omnipotente líder mundial. Pero hoy hablaré de Cataluña, a partir de la nutrida y reciente misión de viaje de la Generalitat a aquel país, con la que coincidí brevemente en Tokio y de la que aquí la prensa ha informado mucho. Y con motivo, pues en varios aspectos constituyó un éxito, cuya manifestación más expresiva fue la larga audiencia que el emperador concedió al presidente Pujol y las entrevistas que mantuvo éste con el primer ministro o los presidentes de Nissan, Fujitsu, Jetro o Kao.

Al fin, la obra mayor de la política de Jordi Pujol será la institucionalización de Cataluña. Japón se instala aquí como plataforma de su acción española, europea. Es probable que lo hubiera hecho también sin la Generalitat. Pero cabría preguntarse en qué medida, y sobre todo en qué condiciones, si nuestro Govern no hubiera intervenido con decidida generosidad, como reconocen los mismos japoneses, empezando por el emperador. Lo que ofrece otra vertiente, capital para Cataluña: gracias a convertir en cuestión de gobierno la instalación nipona aquí, la personalidad catalana en su triple vertiente social, cultural y nacional cobra un indudable robustecimiento, pues se convierte en pieza fundamental de un ambicioso diálogo económico internacional y en elemento clave de la dinámica estatal española de hoy.

No en balde parte de la conversación entre el emperador y el presidente catalán versó sobre el rey Juan Carlos y el príncipe Felipe. En este sentido la política pujolista de institucionalización ha jugado la gran carta de la Corona como encaje de la España de las autonomías, como punto de referencia estatal de Cataluña. Con ello Pujol puede llegar a Japón, a otro sitio, como elemento clave del Estado y como tal siendo recibido, y no como simple representante administrativo de un departamento de un país. Se trata de la interpretación dinámica, no supeditada al viejo centralismo, del Estado de las autonomías. Lo acaba de confirmar en Barcelona el ministro español de Exteriores, Fernández Ordóñez, elogiando los viajes de Pujol y reclamando un mayor peso catalán en la política mediterránea.

Tenemos, pues, una doble y alta institucionalización de Cataluña en España y en el exterior, lo que revierte en la cohesión y fortaleza de Cataluña en sí misma. Hemos salido del provincianismo inerte, del reivindicacionismo estático y estrangulado. La voluntad de ser se traduce hoy en la posibilidad de convertirse en el centro de una red nacional e internacional. Quien no lo quiera entender ya explicará qué alternativas existen, al margen del verbalismo. ●

Gorbachev "versus" Eltsin

LUIS FOIX

A medida que se vislumbra el debilitamiento y posible desmoronamiento de la Unión Soviética como entidad política y estatal, nacida al amparo de la Revolución de Octubre, se detecta que debajo de la artificial construcción nacional urdida por Lenin descansa el legado de la milenaria Rusia controlada durante muchos siglos por el imperio de los zares. No es circunstancial el hecho de que las ambiciosas reformas emprendidas por Gorbachev hayan conducido a una forma de gobierno personal, con un Parlamento que no contempla por ahora el pluripartidismo y que tiende a controlar todo el inmenso país desde una visión centralizada en Moscú.

Sabemos de los tímidos y confusos intentos de introducir una suave economía de mercado que tiene que someterse a referéndum futuro. También conocemos las grandes dificultades que encuentran, tanto el presidente Gorbachev como su equipo de gobierno, presidido por el primer ministro Ryzkov, para que estas nuevas concepciones económicas sean aceptadas por la mayoría de soviéticos. El hombre que se

perfila como el mayor contrincante para dirigir la "perestroika" es un personaje populista, muy ambicioso, que está a punto de conquistar la presidencia de la república de Rusia, la más importante en todos los sentidos de todas las que forman el imperio soviético. Boris Eltsin es, además, una figura que no comparte ni los criterios de fondo ni de forma de Mijail Gorbachev.

El actual presidente, al margen de la incidencia presente y futura del Partido Comunista, es un ruso que no ha perdido la noción histórica de este pueblo que ha configurado la Unión Soviética de este siglo. Eltsin, por el contrario, es un ruso que proclama la necesidad de aplicar teorías que se apartan sustancialmente del concepto zarista y, consecuentemente, ruso de la política centrifugada desde San Petersburgo o desde Moscú.

Leyendo el apasionante relato del marqués de Custine, "El imperio del zar", escrito mientras Alexis de Tocqueville viajaba y describía la situación en Estados Unidos con su célebre "Democracia en América", se descubre cómo tan pocas cosas de fondo han cambiado en los dos países a lo largo de más de siglo y medio. Tocqueville, el joven aristócrata liberal que despreciaba la decli-

nante aristocracia y admiraba la llegada de la igualdad del hombre en Francia, se pasó nueve meses en América para describir las enormes oportunidades de la sociedad igualitaria del Nuevo Mundo. El marqués de Custine, perseguido por la memoria de su padre y de su abuelo, que murieron bajo el filo de la guillotina en Francia, se fue a Rusia para descubrir las excelencias de la autocracia y confirmar sus prejuicios contra los gobiernos populares. El resultado, sin embargo, fue que regresó a Francia después de haber descubierto los males del autoritarismo y las bondades de las muchas constituciones del siglo pasado.

Recorriendo las muchas páginas del libro de viajes del marqués de Custine, no se abandona nunca el hilo conductor de su relato: Rusia no puede olvidar fácilmente la amenaza de las sucesivas invasiones mongólicas que se remontan a más de mil años, las tradiciones de expansión territorial en tierras de Europa y Asia, el carácter sagrado de la autoridad zarista, la identidad del Estado y la religión, las tradiciones de secreto y de tiranía política, el constante camino hacia el exilio de Siberia, la incesante búsqueda rusa de las aguas de mares cálidos y

navegables. Por poco esfuerzo que se haga se pueden trazar paralelismos entre aquella Rusia zarista y la Unión Soviética de los tiempos de Stalin, Breznev y, aunque con otras formas y procedimientos, de Gorbachev. Simplemente, cambiando el nombre de comunista o soviético por el de ruso o zarista. Y se encontrarían los mismos conceptos: expansionismo, autocracia, burocracia, centralismo, secreto, desprecio por los derechos humanos y por la opinión pública.

Gorbachev encarnaría todas estas claves históricas, aunque fuera bajo fórmulas nuevas, sin apartarse de los aspectos más fundamentales que han caracterizado históricamente la gran Rusia. De hecho, la construcción política de la nueva situación, con todos los poderes en manos de una sola persona, y sin de momento un marco de partidos pluralista, admite más de un paralelismo con el pasado soviético y zarista. Eltsin, sin embargo, se perfila como el personaje que intenta navegar en contra de la corriente histórica: es partidario de otorgar la independencia a quien lo pida, democracia abierta y plural, economía de mercado sin paliativos... A la larga tiene todas las de perder. ●

LA VANGUARDIA

Presidente-Editor:
JAVIER DE GODÓ, CONDE DE GODÓ

Director General: Carlos Fajardo

Subdirector General: Esteban Sillue
Subdirector General Técnico: Jaume Francàs
Subdirector Gral. Comercial: José M. Lladó
Adjunto Dirección General: Andreu Navarro

Director Financiero: Juan Marín
Director de Personal: Antonio Piqué
Director de Compras: Jaume Vilarrasa
Director de Publicidad: Angel Garcia Latasa
Director de Proyectos: Nicolás Salom
Secretaría Gral. de Estudios: Francisco López

Delegación en Madrid: Oquendo, 23, bajos
(28006). Tel. 91/411-01-07. Télex: 23661

Delegación en Baleares: P.º Mallorca, 14, 2.º
entlo. Palmade Mallorca (07012). 971/71-00-08

Difusión controlada por OJD